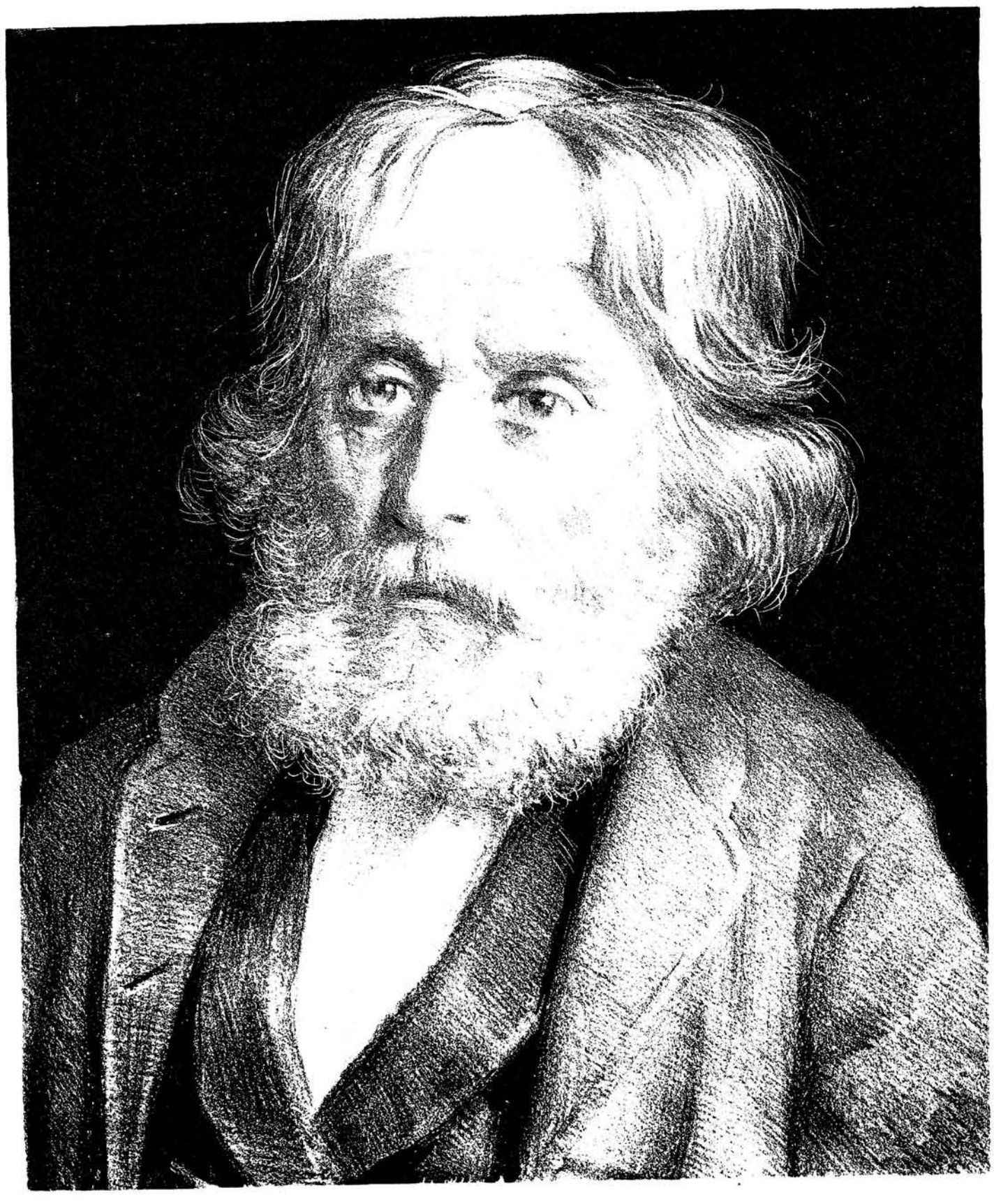
La Ilustración del Plata

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO

Número del dia 0.30	Director	ADMINISTRACIÓN, CALLE CERRITO 231	Editor y Propietario	Núm. atrasado 0.40
SUSCRICION EN LA R. ORIENTAL Por un año . . . . $ 10.00 » 6 meses . . . . » 5.50 » un mes . . . . . » 1.00	R. FRAGUEIRO	Montevideo, Mayo 12 de 1887 AÑO I — NÚMERO 6	A. GODEL	SUSCRICION EN LA R. ARGENTINA Por 1 año . . . $ 15.00 m/n » 6 meses, . . » 7.00 » » 1 mes . . » 1.50 »



(DE LOS TIEMPOS VIEJOS)

COPIA DE UN ESTUDIO AL ÓLEO DE LA SEÑORITA JOSEFINA CIBILS

SUMARIO—RECUERDOS DE LA SEMANA—MARÍA LUISA VELAZCO Y JOSEFINA CIBILS—LOS DOS GENERALES—NEMANDUA—DEL NATURAL—RAFAGAS DE UN LÚNES—BOABDIL—EL CADÁVER—REMEMBER.

RECUERDOS DE LA SEMANA

—

Pues amigo! aquí tienen Vds. que tengo que escribir la crónica de la semana y para hablar francamente, *no tengo* deseos de hacerlo; pero en fin, vamos á ver como salimos del paso. Lo cierto es que asuntos no faltan porque desde el viérnes hasta el mártes hemos tenido casi por dia algo que apuntar. El viérnes en la casa de Roosen, el lúnes el casamiento de Anita Zumarán y el recibo en la casa de Howard y el mártes en la de Castellanos.

*
* *

B.... tenia en su ropero, recien venido del sastre, un rico frac nuevo y á toda costa queria estrenarlo. El viérnes por la tarde, me encuentra en la calle y me dice:—Fulano, vas á comer á casa de Roosen?—Yo venia de hacer una visita allí y acababa de ser invitado á la comida, pero en la inteligencia de que era únicamente una cosa íntima, Sí—le repuse—Bueno, añadió B., Mengano vá á ir de frac porque desde que ha venido de Europa dice que no vá á comida por íntima que sea sin ese traje; el cónsul de *** también va de frac, asi es que nosotros debemos también ir.—Pero es cierto?....—Sí, hombre, sí.—Pues iré de frac.

Y ahí tienen Vds. que me descuelgo de tiros largos á una comida íntima donde no habían aparecido el cónsul de ***, Mengano de frac, ni de ningún modo y me encuentro con la señora y señorita de la casa y otras tres niñas más de toda amistad y mi amigo B. que habia salido con la suya de estrenar su frac. B. ya habia pasado una rechifla que también tuve que pasar á mi vez.

Pero no fué esto todo. Más tarde vendrá gente al recibo, díjeme para mi coleto y me senté á la mesa.

Pero yo pensaba mal, la señora de Roosen no daba recibo esa noche; unicamente quedaba en casa; la mayor parte de sus relaciones habían cumplido durante el dia con la etiqueta de la visita, y por la noche sólo dos señoras más y una retahila de caballeros se endilgó en la sala: la cosa se mostraba mal; la generalidad se habia figurado que aquello era recibo y no tal: los recibos empezarán desde el 20, asi es que aquello fué una especie de invasión masculina que tuvo que ser atendida por la señora, Tuli y las tres niñas en cuestión; pero el novio de una de ellas llega á lo mejor y prontola falanje queda debilitada de una, para serlo después de otra cuando P. se apoderó de ella para charlar que se yo de qué. Asi es que nos quedamos mirándonos las caras en el primer momento, pero ¡oh poder de la amabilidad! misia Isabel y Tuli entretuvieron á la reunión de tal modo, que hasta cerca de la una permanecimos entretenidamente en aquella casa. Pero mi amigo B. me la pagará!.....

*
* *

La felicidad se ha llevado de entre nosotros á Anita Saenz de Zumaran—El lúnes pasado la bendición de la Iglesia unió para siempre á Ramon Carcano con Ana Saenz de Sumaran.

La ceremonia civil fué el Domingo á las tres de la tarde ante el Juez de Paz don Cipriano Martinez y en presencia de los testigos Sres. Cárcano (padre) y Márcos N. Juarez, Cefe Politico de Córdoba por parte del novio y de los Sres. Antonio M. Marquez Ministro de Hacienda de esta República y el Sr. D. Mauricio Llamas por parte de la novia.

El Lúnes á la misma hora tuvo efecto la consagración religiosa en la iglesia de San Francisco, dando la bendición nupcial Fray Reginaldo Toro. Fueron padrinos el Sr. Cárcano (padre) en representación del Excmo. Sr. Presidente de la República Argentina Dr. Juarez Celman y la señora Carolina Alvarez de Zumarán.

En seguida de la ceremonia religiosa se pasó á casa de la novia siendo la comitiva compuesta de personas de la familia Zumaran y amigos del doctor Cárcano venidos de Córdoba.

Después, de allí, se embarcaron los novios en el «Venus» en faluas de gala de la Capitania del Puerto y seguidas por embarcaciones de la cañonera argentina «Uruguay»

La familia Zumarán tan relacionada aquí no invitó á sus relaciones por estar de luto con motivo de la muerte del señor Alvarez, hermano de la madre de la novia.

El Sr. Albistur dedicó á nuestra distinguida amiga este soneto:

A ANA SAENZ DE ZUMARAN

—

Tenia al fin que ser. Llegó ya el dia
En que el ave gentil tiende sus alas
Y lleva con sus flores y sus galas
A otra región sus cantos de alegria.

En vano, desmayada musa mia
Tristes lamentos de dolor exhalas,
Mientras tú vacilante ya resbalas
Vuela el ave feliz—que amor la guia.

. . . . . .

Misterio impenetrable del destino
¿qué ocultarás en el profundo seno
del por venir? No sé, no lo adivino.

Todo es en ti de incertidumbres lleno,
y ante esa duda la cabeza inclino.
Mas tú has de ser feliz, si lo es el bueno.—

En Buenos Aires el Sr. Godio dedicó á Carcano este otro en italiano:

PER LE FAUSTE NOZZE

DEL EOTT. RAMON CARCANO COLLA SIGNORINA ANA SAENZ DE ZUMARAN

—

ALLO SPOSO

Carcano, dimmi la virtù segreta
Con cui soggioghi ed incateni i cuori,
La segreta virtù per cui t' allieta
Tanta folla d' amici e ammiratori.

E ascendi verso la più eccelsa meta
Per un cammin cosparso sol di fiori,
E in larga copia, nè la invidia il vieta,
Ti comparte fortuna i suoi favori.

Taci? ma *Quella* che il tuo cuore ha eletto
E per la vita oggi con te s' impalma
Rispondemi:—La so del mio *Diletto*

La malia, onde io pur perdei mia calma:
È ch' *Ei* congiunge al don dell' intelletto
Soavità di cor, dolcezza d' alma.

*
* *

En la noche del lúnes se reabrieron los salones del señor Uward. Una numerosa concurrencia de niñas y caballeros asistió á la reapertura. La tertulia comenzó por una velada literario musical, cantando con su delicaza caracteristica Rafaela Arrien y recitando composiciones originales don Jacinto Albistur y don Samuel Blixeu. Carlota A. de Basañez no pudo tomar parte como se esperaba en tan linda fiesta, por hallarse enferma.

Luégo se bailó.

Entre las damas recordamos después de las señoras y señoritas de la casa, á las señoras de Muñoz, Ferreira, Ramirez, Roosen, Regalia, Arellano y Vaillant y las señoritas de Araucho, Finn, Regalia, Roosen, Gomez y Stunz.

El mártes el gran baile en casa del Sr. D. Emilio Castellanos estuvo animadísimo y los concurrentes salieron complacidos de la amabilidad de las niñas de la casa. Aunque el número de señoritas no fué crecido nos dicen que la animacion por eso no menguó, y hasta las cuatro de la mañana la música y los vertigos del baile reinaron alegres en el espléndido salon.

MARÍA LUISA VELAZCO Y JOSEFINA CIBILS

—

Antes de hablar de nustros grabados de hoy, estamos en el deber de agradecer á nuestra distinguida compatriota la señorita Maria Luisa Velazco, el delicado trabajo que engalanó nuestra última edicion azul.

Hoy publicamos en primera página un estudio de Josefina Cibils que representó uno de nuestros antiguos paisanos, aquellos heroes de los tiempos viejos herridos en las luchas de la pátria y muertos en las guerras fraticidas. La señorita de Cibils es una de nuestras mejores aficionadas y no tememos equivocarnos llamándola artista. La reproduccion artística hecha sobre piedra por el profesor Sommavilla puede dar una idea de lo acertado de nuestra aserción.

UNA GRAN CASA

Por dar cabida al autógrafo y articulo con que nos ha favorecido D. Hector F. Varela suspsndemos hoy la publicacion de esta novela.

LOS DOS GENERALES

UNA lágrima caba de desprenderse del alma de la pátria. ¿Por quién llora?

Lorenzo Batlle, militar punonoroso, el soldado intrépido, ba de morir el tércio de vida, rodeado de las simpatias y respetos del pueblo.

El General Batlle merece más que una biografia. Su vida azarosa y llena de ricos incidentes es digna de ocupar la atención del historiador. Cincuenta años de vida política, de honradéz, de sacrificios, llevaron al carácter del General Batlle ese fondo acrisolado de virtud que fué la brújula de su vida pública.

No obstante, tuvo sus vacilaciones y sus faltas, que contribuyeron á realzar el caudillaje en nuestro pais y á engendrar el sistema corrompido y corruptor del militarismo. Pudo evitarlo fácilmente con la importancia política que le dieron los sucesos de su pátria, pero creyó de buena fé que el caudillaje, en la práctica de los pueblos, obedecia más que á la voluntad del hombre de estado, á las leyes inexorables que presiden el desarrollo de las naciones jóvenes, que arrastran imperiosamente en su corriente vertiginosa á los hombres, y se imponen á despecho de todas las fuerzas humanas.

El error en él fué sincero.

Pero cuando la hidra del militarismo amenazó desde su aparición las libertades que tanto habia defendido y amado, entónces su indignación llegó al desprecio, y desde la caida del gobierno contitucional del Doctor Ellauri, púdosele ver divorciado de los gobiernos personales, anatematizando constantemente el impudor de los jefezuelos rapaces que subian á la primera majistratura de la República al estruendo de las orgias del motin.

Tanta audacia, tanto impudor, tanto cinismo, parecian sarcasmos del destino, al veterano de nuestras homéricas contiendas; su alma de fuego templada en cién combates sentia estremecimientos de furor al contemplarque su pátria se sumerjia en la ignominia, y ya que inútil para contrarestar el mal de arriba, dejaba pasear la altanera fisonomia moral de su caracter por nuestras calles y paseos, con las protesta cívica escrita en las lácias y amarillas lineasde su rostro, como la virtud austera que llora sobrelas ruinas del órden social que ha contribuido á engrandecer y hermosear.

A honrarlo en la muerte, como habia sido respetado en la vida, fué todo Montevideo, y su adversario, el más implacable de todos, José Pedro Ramirez, hizo la apologia de los actos del que en vida fué Lorenzo Batlle.

*
* *

En los momentos en que se extinguia la vida del General Batlle, otro General, don José Francia, iba á reunirse al primero en la región de la inmortalidad donde viven los hombres de carácter de acero y acendradas virtudes, y en la que la justicia distributiva se dicierne con rigor según el mérito de las acciones.

La figura del General Francia, se destaca soberbia del grupo de hombres notables que ilustraron con sus hechos las páginas de la historia argentina. Reunia á la sencillez de Washigton el alma del espartano que combate y muere por sus convicciones.

Estuvo en Caseros y contribuyó eficazmente al derrocamiento del tirano Rosas.

Paz á sus despojos!

Louis de Beaumarchais.

NEMANDUA

ALLÁ á la sombra del bosque de palmas y naranjos del trópico, cerca del Aquidaban jemebundo, recuerdo todavía—tristemente lo recuerdo, como el eco de sollozo lejano, que fué allá donde surgió á mi paso la hija fugitiva de las selvas paraguayas.

Pálida, errante, la encontré una tarde, la encontré que iba cruzando la avenida del bosque de palmas y naranjos, que conduce al Cerro (*) memorable, campo del último desastre. Despacio, lentamente caminaba y á su paso crugian las hojas secas de los árboles, crugian y temblaban sonoramente, cual si ella pisara sobre un suelo de sepulcros.

En aquella hora de la tarde callaban todos los conciertos; los músicos de la selva habian enmudecido, guardaban silencio, el hondo silencio del espanto: callaba la orquesta de los céfiros con las hojas del *tarumá*, (*) con las hojas abrasadas por el rayo del ardiente sol de estio. Pero no callaba el vocerio del triunfo; resonaban las dianas de la victoria imperial confundidas al clamor de los que cayeron para siempre, que cayeron ¡ay! en el sudario de polvo del último desastre.

Fué allá, en esa tarde pavorosa, allá en la fúnebre avenida donde yo encontre á la hija adorable de las selvas, donde yo encontré su dolor para fundirlo en el mio.

El sol de Marzo ardia sobre la tierra, sobre esa tierra de la melancolia; el Aquidaban jemebundo volcaba sus ondas sollozantes, arrastrando despojos del vencido, y el fúnebre, el siniestro campo del último desastre, flotaba en la llamarada de un incendio.

El fuego allí, la muerte aqui y en todas partes, la sangre corriendo de una arteria inagotable,—sangre abundante esparcida en la tierra, tiñendo la nube que pasaba, el disco del sol de estio y el viejo tronco secular, el rio que volcaba sus ondas jemidoras y la atmósfera de esa tarde ardiente del postrer holocausto.

¿No te acuerdas, desolada mártir, que entonces, al rumor de mi paso sobre el musgo, te alzaste como la visión de la patria caida, para mirarme, para mirarme por la última vez?

El destino la llevó al siniestro, al sombrio campo del último desastre, allá donde empezaba con la muerte la expiación de la raza vencida. Oh, si! tú estabas allí para hacerme oir tu fúnebre odisea.

Tus ojos irradiaban la claridad de las pálidas estrellas, de aquellas estrellas que se pierden en el último limite del horizonte. Suave era la angélica dulzura de tu semblante, bronceado por el sol del desierto, y tu negra cabellera ondulante se derramaba como una sombra de la noche próxima sobre tus senos y espaldas, mal cubiertos por los andrajos de la miseria:—Ay! cómo y qué profundamente me miraban tus ojos con la fuerza estupenda del amor que se prepara al eterno viaje!

El tristísimo canto del ave pensativa resonó en la orilla del río; me llamaste con el nombre armonioso en los bosques, que murmura siempre en mis oidos, como la elegia de la patria despedazada en la última jornada; y en medio de tu llanto, sollozaste tu amarga despedida, que es un acorde en la vibración de mis recuerdos.

—*Pito-bué* (***), me dijiste, yo me voy. Todo ha concluido y nada nos queda. La tierra, la vieja tierra del guarani ha vomitado todas las iras, todos los negros dolores; la tierra se ha estremecido para devorar á los héroes y á los siervos, todos confundidos, todos caidos, víctimas y verdugos, en la lidia sangrienta.

Ahí, detrás del monte, á la orilla del arroyo, está tendido sin vida el cuerpo del tirano, implacable en la vida y en la muerte. Blanquean los huesos de todos los nuestros: la muerte ha cargado con todos y yo sola cargo la vida sobre un suelo manchado de crimenes. *Pito-bué*, *Pito-bué* todo se perdió, todo lo dispersó el viento, y la bandera imperial flamea en la cumbre del Cerro, en las torres de los templos y en el silencio de nuestras villas..... ¿Qué nos queda sino seguir el curso del Aquidaban para buscar en sus ondas, en sus ondas sangrientas, las almas sin vida de los que ya partieron?.....

Nunca pena más honda dejó escapar el cauce de amarguras sobre el polvo de la tierra! Un torrente de lágrimas inundaron sus pupilas, para rodar sobre el suelo abrazado por el ardiente estio. ¿Quién hubiera podido detener el curso de esa fuente?

Nemanduá? Yo iba á dejar rodar mi palabra de aliento sobre tu alma caida; iba á decirte que la desgracia engrandecia el amor, que eras más bella más amada para mi en la orfandad de tu destino que en los dias de las grandes esperanzas; iba á repetirte mi fé renovada cual la flor de primavera;—pero mi palabra fria y sin calor, quedó muda en mi pecho, más solitario y desolado que el tuyo. Ah! bien lo sabia, mucho lo sabias tú y yo que la patria moribunda arrastraba consigo las almas que aún palpitaban con la vida sobre una tierra de desventuras!

Entonces, cuando ya el crepúsculo caia como una sombra de la vida que se va ó de la muerte que llega,—cuando la altivez del alma se levantó en la mujer vencida por el dolor, entonces desapareció la palidez de su semblante divino, volvieron á sus mejillas los tintes de la alborada, y sus ojos que habian brillado con la claridad lejana de las estrellas, de las estrellas lejanas, esparcieron el sombrio resplandor de la hoguera inmensa que abrazaba el fúnebre, el siniestro campo de batalla.

Asi, fué asi que te alzaste erguida, lanzando el último reto al destino que te arrastraba implacable, besaste el paño amado de la enseña patria, empapado de lágrimas y de sangre, y rápida, como la flecha parte, te arrojaste á la corriente del Aquidaban jemebundo, para unir en el abismo de sus ondas, tu alma inconsolable, á las almas amadas de los que cayeron ¡ay! para siempre en la última jornada.

¿No es verdad, mi muerta querida, que entonces, á la luz incierta de la tarde que caia, yo recogi la última vibración de tu dolor para llevarlo como el lote de mi destino?

Allá, á la sombra del bosque de palmas y naranjos del trópico, cerca á los sauces de lácia cabellera, pasó asi ante mis ojos, pasó para siempre la mártir paraguaya. Y yo vuelvo á verla muchas veces en las tardes ardientes del estio, sueño con ella á la

(*) Se alude á Cerro-corá, sitio donde tuvo lugar la última batalla de los Aliados contra Solano Lopez.

(**) Tarumá: árbol corpulento que produce una fruta negruzca, aromática y muy sabrosa.

(***) *Pito-bué* ave de hermosísimo color que canta dulcemente.

orilla del rio suspirante ó en el seno rumoroso de la selva; la veo cuando la esperanza se sienta á mi lado para jemir de tristeza ó cuando la nostalgia murmura en mi corazón el lamento de la patria distante.

Es la sombra de la nación caida en la última jornada: es la imágen de la vida pasada que yo miro en esa tierra, allá al arrullo de las palmas y naranjos del trópico, en esa tierra de las grandes melancolias!

1874.

Samuel Blixen.

DEL NATURAL

TACHUELITA

(Para "La Ilustración del Plata")

Era tan menudita, que su familia dió en llamarla Tachuelita, por mas que su nombre de pila es el de Rosa.

Y tan familiarizada estaba con el mote que durante su infancia y aun después de contar hoy los cuarenta y pico, no responde por otro nombre que el de Tachuelita.

Todo aquel que me lea, salvo que sea un habitante de los caños, la conoce, pues pertenece á lo que se ha dado en llamar sociedad de buen tono entre nosotros..... entre nosotros que repudiamos las castas y que de nacimiento tenemos sangre colorada en vez de azul, como dicen que tienen los nacidos de *real estirpe*.

Soy su amigo; pues aparte de que la cara le guarda el cuerpo, es dueña de bellisimas prendas morales que la hacen acreedora á mi fraternal simpatia.

Por eso cada vez que la encuentro en lo de Roosen, Howard o Eatsman se verá que la cumplimento y á veces me permito la calaverada de pasearla dos minutos por el salón para que la pobrecita no vaya á echar raices en las butacas ó sofaes.

¡Y como me lo agradece!

No bien me acerco á saludarla estrema sus atenciones, colmándome de reproches por mi ingratitud para con ella, pues á título de galanteria, cuando ha pasado una semana sin verme por la calle (débese saber que no la visito) me manifiesta que ese tiempo le ha parecido un siglo; me recuerda algo de interés para mi, protestándome que está dispuesta á contribuir en todo y por todo á mi felicidad.

Si logra convencerme y caigo en la debilidad de ofrecerle mi brazo, se cuelga indolentemente de él y con mucho de acá y de allá recorre en mi compañia todo el salón, esponiéndome á lás aceradas criticas de los mosqueteros que sostienen los márcos de las puertas y de las más afortunadas que ella que capean temporales en los rincones, ó distraen á la mostacilla de última cosecha con el encanto de sus gracias.

Tachuelita ha pasado la edad celeste de la mujer sin encontrar un hombre que por broma le haya insinuado intenciones de dar con ella en la vicaria; y cuidado que tanto su familia como ella no han ahorrado diligencias para conseguirlo.

Particularmente la mamá de Tachuelita en distintas ocasiones ha tratado de hacer *pisar el palito*, primero á los parientes y luego á los extraños que son visita de la casa.—Uno de estos últimos estuvo en un tris de llevarse el dorado clavo y lo particular del caso es que si no anda listo se vé conducido al matrimonio con la misma mansedumbre con que van las ovejas al matadero.

Sucede que Luciano (este es el nombre de la que hubo de ser víctima) habia venido de Buenos Aires recomendado á la familia de Tachuelita.—Esta lo recibió con los brazos abiertos, abriéndole desde el primer momento, de par en par las puertas de la confianza.

Luciano traducia, en esas y otras manifestaciones de cariño, los nobles sentimientos de la familia y por eso dedicaba á la niña preferentes atenciones, bien fuera en la casa, como en el paseo, como en la tertulia, como en el teatro, asi es que en todos esos sitios se le apuntaba con el dedo como el prometido de Tachuelita.

Esta misma se habia hecho la ilusión de que Luciano no hacia á tontas ni á locas aquellas cosas, é insensiblemente le fué levantando un altar en su corazón ante el cual arrodillaba su alma para adorar la imagen de aquel aereolito con pantalones que más tarde habia de destrozar las hermosas flores de sus más hermosas ilusiones.

Como en cuestión de amores los sentidos tienen grandisima participación, donde existia la sombra de un grano de arena Tachuelita veia una montaña é hizo de su pasión una bola de nieve que, al rodar del tiempo, tomó tan colosales dimensiones que, ó Luciano entrega su cuello al pesado yugo, ó tiene que poner piés en polvorosa.

En esta desyuntiva optó por lo segundo, pero de una manera cómica.

Sucede que cierto dia Luciano recibió de Córdoba, lugar de su nacimiento, una carta en la que se le anunciaba el fallecimiento de su padre, acaecido quince dias atrás y, como bálsamo de consuelo, el albacea nombrado le comunicaba también que fuera inmediatamente á tomar posesión de los bienes dejados por el difunto.

Luciano se apresuró á comunicar á la familia de Tachuelita la triste nueva, produciendo en el seno de ésta un Atlántico de lágrimas y de condolencias.

Pocos dias después se presenta nuestro joven y llamando aparte á la mamá, le dice.

—Señora· grato como estoy á las finezas de Vds. quiero darle una prueba de la estimación que me merecen.

—Muchas gracias, Luciano, sus méritos están por cima de nuestras pequeñas atenciones.

—Pues bien, señora, he resuelto casarme y es Vd. la primera á quien quiero comunicar la noticia.

—No lo esperaba menos de Vd., porque he tenido el raro privilegio de adivinar sus nobles sentimientos.

—Mi decisión es obligada por un deber de delicadeza.

—Es natural, pero no crea que me toma de sorpresa la noticia—sabia que sus estrechas relaciones habian de ser coronadas por un acto que tanto me satisface.

—¿Cómo? y lo sabia Vd?

—No me lo habia comunicado el amigo, pero lo habia adivinado la madre.

—¿La madre de quien?

—De la que Vd. ha elegido por esposa.

—¿Acaso se conocian sin yo saberlo?

—Vamos, Luciano, no juguemos al equivoco.

—Pero señora.....

—Comprendo, es que Vd. no se atreve creyendo...

—¿Qué dice Vd?

—Si, creyendo que yo no soy gustosa, pero se engaña, á nadie mejor que á Vd. puedo entregarle su mano....

—¿De qué mano está Vd. hablando?

—Picarón! quiere que le regale el oido.

—¡Por San Job, señora, me tiene Vd. en un potro; expliquese ó.... reviento, si, señora, reviento como una bomba de Orsini.

—Reventará de satisfección por la prenda que se lleva en la persona de Tachuelita...

(Luciano siente fuerte conmocion nerviosa.)

—Basta de bromas, señora, yo quiero mucho á Tachuelita, pero mi predilecta es otra....

(La mamá contiene un rugido en forma de sollozo.)

—¿Delira Vd?

—Felizmente nó—mi predilecta reside en Córdoba y hace cinco años que le empeñé palabra de casamiento.....

Ante esta declaración, que importaba la muerte de todas las esperanzas de la mamá y de toda la descendencia de Tachuelita, la señora sintió que las fuerzas le faltaban, dió dos pasos atrás y se desplomó en un sillón.

Luciano comprendiendo lo crítico de su situación cogió el sombrero,... y hasta la fecha se le ha visto por la casa de su improvisada novia.

. . . . . .

. . . . . .

La pobre Tachuelita continúa rindiendo culto al recuerdo del ingrato, si bien manifiéstase dispuesta á no desairar al primero que se le presente.

Mucho me temo que haya tenaza capaz de arrancar semejante *tachuela* que, por el tamaño, hoy se encuentra en la categoria de *clavo*..... y de remache.

Si alguno se atreve á ser su dueño merece que le canonizen.

Gonzalo Gonzalez de la Gonzalera.

RAFAGAS DE UN LUNES

"LA ILUSTRACIÓN DEL PLATA"

LA JUVENTUD FOR EVER!!

Dias hace ya que estoy impaciente por mandar afectuoso y entusiasta saludo á unos *muchachos* de la opuesta orilla, que me están mandando un periódico titulado: *La Ilustración del Plata;* y si este deseo he retardado es por que apesar de hacerme solo este diario, dándole las seis ú ocho columnas que por dia me pide para saciar voraz apetito que jamás se satisface, lucho en ciertos momentos con la imposibilidad material de escribir cuanto deseo.

Pero hoy satisfaré ese deseo.

La prensa del Rio de la Plata puede decirse que en la actualidad, nada tiene que envidiar á la de los Estados Unidos, que es la primera del mundo, tanto por la forma de sus diarios, cuanto por su Redaccion y manera como *están hechos*.

Es una prensa de que Argentinos y Orientales podemos estar orgullosos; por que á la vez que en su conjunto y detalles revela la sed de progreso que aqui calienta todas las cabezas, dá brillante testimonio de la fecundidad de nuestra inteligencia, y del acopio, de sabios estudios con que los periodistas abordan los más árduos problemas.

Y sin embargo hay una clase de publicaciones en la que no solo distamos mucho de estar á la altura de las de su género en Europa; sinó á la de los diarios que se publican en las dos márgenes del Plata.

Ya comprenderá el lector que me refiero á las *publicaciones ilustradas*.

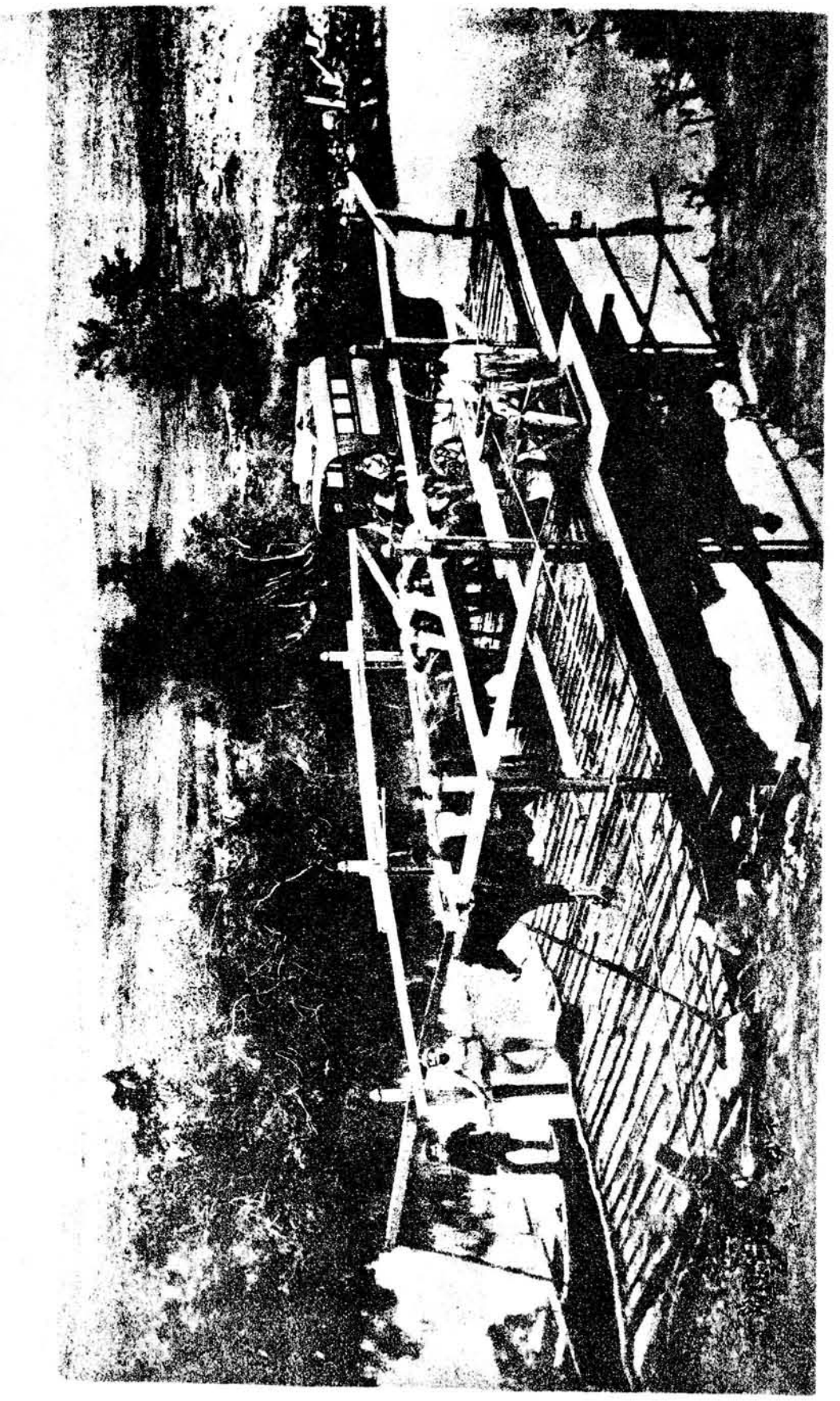
Es que nos faltan dibujantes y grabadores?

Es que no tenemos impresores que hagan el *découpage* sobre los tambores, para dar á la impresión del dibujo la precisa nitidez?

Eso y mucho más ha de ser; porque la verdad es que con la escepción de uno que otro ensayo menos malo, la mayor parte de los periódicos ilustrados que hemos tenido aqui y en Montevideo, han sido, en su parte de grabados, unos verdaderos *mamarrachos*, indignos de nuestra cultura y civilización; y de aqui, que cuando veo aparecer un periódico ilustrado cualquiera, que rompe con esa tradición de mal gusto, y puede presentarse realmente como un *periódico ilustrado*, experimento la natural alegria del que tiene pasión por el arte, y por la maravillosa invención de Guttemberg.

La Ilustración del Plata que acaba de aparecer en Montevideo, está en este caso.

No cometeré la torpeza de decir que sea tan perfecta como las ilustraciones Europeas; pero diré si, que es de las mejores, *si no la mejor* de cuantas hasta ahora hemos tenido, armonizándose también lo bien hecho de los dibujos y la nitidez de la impresión, con lo ameno y escogido de su texto.



PAISAJES URUGUAYOS — BALSA SOBRE UN RIO

matizado del carácter que deben tener esta clase de publicaciones destinadas á dar solaz al espíritu.

El número recibido ayer trae un suplemento impreso en tinta azul, que no solo revela ya un adelanto, sinó que puede mandarse á Europa sin que el rubor nos suba al rostro.

Por eso queria darme el placer de saludar á su propietario, el señor Godel y á su Director el señor Fragueiro por el *verdadero triunfo* que han alcanzado con su publicación; venciendo airosos las dificultades con que sin duda han tenido que luchar y seguirán luchando, para obtener el resultado feliz de que pueden envanecerse.

En cuanto á su parte literaria, ofreceré un *specimen* á mis lectores.

Esta composición es de R. Fragueiro y la titula: *Telaraña*:

(Aqui la poesia)

Como verdadero pedacito de encaje, ensayo de la *Ilustración*, esta leyenda de Pablo Della Costa, titulada: *los Tres Caballeros*:

(Aqui la leyenda)

Como su compañero Fragueiro, tienen abierto el camino para ir lejos.

No les conozco personalmente; pero son *dos muchachos* con chispas de oro en la frente, inspiración galana, y espiritu empapado en auroras risueñas.

Que no se detengan al comienzo de la jornada.

Adelante *muchachos*, que de ustedes es el porvenir de esta gran Patria Americana, que, como dice Castelar, es « inmenso tabernáculo levantado por « Dios en medio de los espacios para albergar en « su seno al hombre libre. »

Héctor F. Varela.

Con un apretón de manos del autor del artículo.

F. F. Varela

Mayo 10.

A Héctor Varela, el tribuno sud-americano, devolviéndole con agradecimiento su apretón de manos

Rafael Fragueiro

Montevideo Mayo 12/887

BOABDIL

Hallábase recostado Boabdil en su lecho de púrpura. Su mirada intensa, radiante, loca, se quebraba en los mantos de reyes vencidos que habia arrojado desdeñosamente á sus piés. Tenia hundida en sus megillas enjutas una de sus manos, cubierta de surcos, arrugada, que contrastaba con la tersura de su rostro pálido. Su aspecto era doloroso. Se le hubiera tomado por sonámbulo de un ensueño. ¿En qué pensaba? ¿Qué pensamientos siniestros herian su cerebro, quemándole las sienes?

El tañido lúgubre de una campana, que se moria en la árida lobreguez de la noche, sacó á Boabdil de su aletargamiento. Era la campana cuyos sonidos oyó solo él y que le anunciaban que se aproximaba la hora solemne de la resurrección del pueblo español. Boabdil oyó ese tañido y le pareció que tocaban á funerales, y los funerales se celebraban por sus antepasados y por él.

Asistia desde su alcoba á esta espantosa escena en que era actor y espectador. En sus oidos zumbaban con crispaciones violentas, las últimas campanadas de la dinastia muzárabe. Queria erguirse contra el destino, y una fuerza incontrastable lo sepultaba en sus cojines de oro. Estaba estupefacto, pavoroso, arrojando de sus ojos llamaradas terribles. Detrás de si, no veia más que el desmoronamiento social, la muerte de su raza; delante, el vacio frio, pero también una aurora de luz que lo ofuscaba.

Era media noche, hora en que las consejas adquieren las formas más disparatadas, y la que lleva, también, á la conciencia del malvado, los presentimientos abrumadores del remordimiento. La ronda de fantasma se apoderaba de aquel cráneo real, enfermo por la fiebre, y danzaba gesticulando con movimientos estúpidos, dolorosos. Era una procesión informe, horripilante de negras sombras que se proyectaban en el fondo de la vasta alcoba, repleta sus paredes de piedras preciosas, escenas fantásticas, alegorias, mitos, encerrados en un hemisferio sobre el cual se elevaba resplandeciente la luna cortada en forma convexa; como si la antorcha de la noche, que puebla los mundos con los voluptuosos extremecimientos de la carne, y las aspiraciones dulcemente suaves del amor que se difunden y mueren en la tenue claridad de sus rayos, quisiera resguardar con la pureza de su luz, los simbolos misteriosos de las religiones árabes.

En el centro de este cuadro, relicario del sueño de Boabdil, se amontonaron confusamente las largas sombras de los fantasmas. Alli con gestos descompasados, ridículos, bailoteaban con contorsiones grotescas ante el cuadro que tenian á la vista. Hecho esta ablución de santificación, la sombra más hermosa, la más gallarda, la más alta, extendió los brazos en cruz y las demás sombras, en giros vertiginosos, fantásticos, desgarraron la gran sombra negra, yendo á situarse á los flancos de la visión del centro que aparecia más bella, más hermosamente cincelada en las formas de las vírgenes humanas. Entónces la figura del medio descendia las escalinatas de suspiros que no se oyen, de lágrimas que no se sienten, de sangre que no se vé, adquiriendo á cada grada que bajaba una expresión tétricamente dolorosa, una mueca horrible de venganza, y el desdén, el odio, el anatema en los contraidos y sombreados músculos de su rostro ovalado.

Los otros fantasmas, se despojaron también de su ropaje de sombras, tomando la actitud y la expresión de seres humanos. Sin embargo, la mutación de formas no era completa. Cada uno de ellos llevaba escrita en la frente una pasión generosa, un deseo de resurrección, una palabra de fuego por la libertad, una aspiración á Dios, un saludo á la patria, un beso á la familia, un negro anatema al tirano, pasiones que Boabdil, con su jauria desenfrenada, habia dado de lanzadas, desgarrando en vida la flor del patriotismo español.

La ronda de fantasmas avanzaba siniestramente silenciosa hácia Boabdil. La alcoba iluminada por antorchas que despedian llamaradas azules, las cuales daban formas estrañas á los objetos raros diseminados, suspendidos y atravesados en pavimentos y colgaduras; Boabdil, ebrio de emoción, fluctuando en su lecho entre la locura y el delirio; esa cohorte de sombras que se le aparecia, y que el temor agigantando las visiones, toma esa legión de nieblas pesarosas, por seres vivientes que infiltran á las ficciones de los dolores humanos la realidad de los tormentos de la región del alma, cuando sube con el mareo del dolor las escarpadas eminencias de la pesadilla, para caer asfixiada, maltrecha, lánguidamente moribunda, de las alturas de la dicha, al piélago desconocido de las sombras y la muerte; todo ese enjambre de apariciones daban un tono solemne á la real persona y hacia que el corazón de Boabdil se achicara en su cavidad, á medida que las sombras más altas, más siniestras, se acercaban á él.

Al llegar junto al lecho de Boabdil y á una señal del fantasma del centro, las sombras se replegaron á los lados de la cama, se encaramaban en la corrilla, se apoyaban de pié sobre los mullidos colchones; revoloteaban, reian, giraban en rededor suyo, se mofaban, le levantaban los cabellos, le tiraban la barba, y en las pausas, intérvalos dolorosos para Boabdil, deslizaban en sus oidos sonidos misteriosos, que hacian palidecer de horror las demacradas facciones del rey visionario.

Una lucha dolorosa entre el temor de lo que veia y la duda que le presentaba como sueños esas caprichosas sombras qus se cernian con lujuria de muerte en la régia alcoba, se apoderó de su cerebro. Los espasmos violentos precipitaron los latidos de su corazón, exánime casi por la reacción en que se llega á perder la nocion de la vida. Una desesperacion lucha sorda, terrible se operó entónces en su espiritu. ¿Quién puede descender á hacer el análisis de estos desgarramientos interiores? Sucumben en el hombre, por el exceso de dolor. Las pasiones que llevan al alma los destellos de la virtud, del sacrificio? Triunfa el mal del bien? No escapa el sentimiento á la di-

sección del órgano que le ha servido de instrumento?

Sin embargo, el mal pesaba en la balanza de la vida de Boabdil con peso enorme.

Ni un reflejo claro y sereno de felicidad le llegaba á su conciencia conturbada; —es que él nunca habia hecho el bien, y en su corazón de cieno no habia tenido cabida más que el mal. Con él se presentaban á combatir las negras sombras, en lucha terrible. ¿Quién venceria?

El mal, demonio implacable de cien cabezas, gritó en el interior de Boabdil, quien con esfuerzo sobrehumano saltó del lecho, rugiente, feroz, idiotizado por el dolor, pero con la suprema vacilación del que siente, que un poder más fuerte le domina.

Recorrió, tambaleando, la alcoba á través de las pavorosas visiones, que humedecian su frente con el aleteo de alas invisibles.

En ese momento un viento seco, impetuoso, abrió una de las ojivas del cuarto en que se paseaba Boabdil, apagando las antorchas que lo iluminaban. Con la luz desaparecieron también las sombras. Solo quedó la sombra gallarda, la más alta, la más hermosa, que iluminó con luz suave los contornos de la alcoba.

Boabdil, atónito, osó interrogar á la imágen que tenia delante de si:

—¿Quién eres?

—Muger me llaman los hombres, por mi donaire, mis gracias y mi espiritual seducción.

—¿Qué pretendes? ¿Cómo te atreves á comparecer delante de mi?

—Tu bien y el de tu pueblo. Yo resucito á los muertos, infundo valor á los débiles y aniquilo á los tiranos.

—¿Tu nombre?

—Libertad!

—Boabdil se echó á reir, estrujando entre sus dedos los mantos de reyes vencidos que mostraba blasfemando á la altanera imágen que resplandecia de luz.

¡Estaba loco!

Louis de Beaumarchais.

EL CADAVER

(NOCTURNO)

I

El sol se pierde tras de las crestas,
Y con sus rayos agonizantes
Besa las rocas negras y enhiestas,
Do está la Gruta de los Amantes.

Un pastorcillo de su cabaña
Sale, tranquilo, sube el sendero
Que va á las peñas, y le acompaña,
Un perro oscuro, fiel compañero.

Llega á la gruta, y un grito lanza
Su pecho herido. ¡Que en brazos viera
Del joven Conde, de su esperanza
La flor!.... la pérfida ¡ay! le vendiera!.....

¿Por qué no vibra contra el osado
Desde su arco flecha homicida?.....
El que le roba su más preciado
Tesoro, es dueño de su fé y vida!

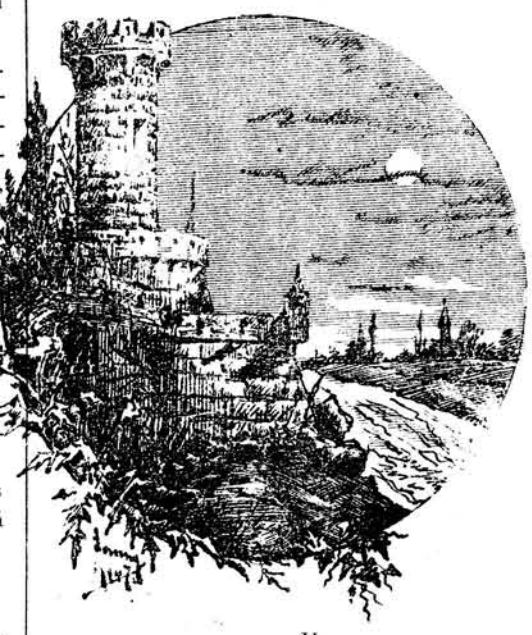
Nació vasallo del Conde infame,
No puede herirle.... ¿qué hacer, qué hacer?....
Y la ama tanto, bien que no le ame,
Que no se venga de esa mujer!.....

Murió por siempre ya su esperanza.....
Que el pecho en trozos le estalla, siente....
Ni amor, ni dicha..... ni aún la venganza....!
Bajo la roca, ruje el torrente.....

Adiós Elisa!—Dios te proteja.....!
Feliz te haga, tu nuevo amor....!
Dicha.... venganza.... todo me deja.....!
¡La muerte al menos, fiel me quedó.....!

Da un salto.... ladra fúnebre el perro....
Salen los novios á sus aullidos,
Y entre las breñas del alto cerro
Miran los restos de unos vestidos.....

Y el perro ladra.....Ráudo el torrente
Lleva un cadáver.....Es el pastor!
Ella comprende.....morir se siente.....
Fúnebre el perro, ladra un adiós....!



II

Sobre las aguas, la luna brilla
Con su bendito tibio fulgor....
Del manso rio sobre la orilla,
Se alza el castillo de un gran señor.

Es la morada de Elisa bella
Del jóven conde, la tierna esposa.....
¡Cuánto se quieren!....Feliz con ella
El vive, y ella con él dichosa.

Sobre las aguas la luna brilla
Y ondas de nácar pinta doquier....
A una ventana que da á la orilla,
Asoma el conde con su mujer.

Miran las águas, miran las rocas,
Miran la luna con su fulgor,
Miran la dicha..... unen sus bocas
Y un beso suena de santo amor!.....

Pero la Elisa del Conde, grita
Con desperado, rispido acento.....
«Yo estoy maldita!..... Yo estoy maldita!..
«La luz lo dice, lo dice el viento!.....»

«¿No ves el agua?..... Se ha enrojecido.....
«Lleva un cadáver en su corriente!.....
«¿No oyes de un perro, fúnebre aullido?.....
«Es él!..... el muerto de aquel torrente!....»

III

Todo es silencio. No canta el viento
Lámpara de oro, discreta, fina,
De los esposos el aposento,
Con luz escasa, suave ilumina.....

Duermen tranquilos..... sueñan tal vez.....
Falta de óleo, la luz espira.....
Elisa, salta del lecho, y ¿«Ves
Como sin ojos, fiero me mira?»

Dice..... él despierta sobresaltado,
Y ella prosigue con voz doliente,....
«No ves?..... Del rio que se ha agotado,
«La madre, cubre sangre caliente!.....

«Sobre las ondas rojas, desnudo,
«Seco cadáver, flotando está!....,
«Cómo sin ojos me mira crudo!.....
«Ahí vá el cadáver!..,. ¡Ahí vá!..,. ¡Ahí vá!....»

Medroso el conde, por ver si es cierto
Llega á la ojiva. Brilla la luna;
Del manso rio, no hay ningún muerto,
Sobre las aguas, ni sangre alguna.

Torna, la abraza..... ay! si en el rio
Ningún cadáver seco flotaba
Era un cadáver pálido y frio
La que en sus brazos loco estrechaba!.....

R. Fragueiro.

REMEMBER

Para aquellos que tienen en el pecho
recuerdos indelebles escondidos,
tibias cenizas de apagado fuego,
ó lava de volcanes encendidos;
para aquellos que amaron y perdieron
en el juego de amor, reposo y calma,
y aún retienen el nombre, entre los lábios,
que publicar á gritos quiere el alma;
para aquellos que gozan, si recuerdan
las horas del amor que ya pasaron,
y cómo á la mujer de sus ensueños
el virgen corazón abandonaron;
para aquellos que esperan, tristemente,
la tenebrosa noche del olvido,
por que sienten el alma atormentada
por el recuerdo del placer perdido;
para aquellos que han visto el cielo abierto
mirando á una mujer,—es este canto,
que tal vez hallarán dulce y sentido
esos que amaron tanto!

Nos hizo amor el uno para el otro,—
de la niñez en la época dichosa,
recorrimos los dos el verde prado
buscando ella una flor, la mariposa
yo de pintadas alas,
y cuando al fin habiamos logrado
lo que era nuestro afan, nuestro embeleso,
si me daba la flor, le daba en cambio
un insecto, otra flor, y á más, un beso.
Siempre juntos nos vieron: dulcemente
nos atraía el infantil cariño,
con una fuerza misteriosa y suave
que aún no sabia comprender el niño.
Al lado de ella, en éxtasis estraño
miraba deslizar las dulces horas
de la feliz infancia, que pasaron
cual las aves canoras
de suave trino y de plumaje bello,
que en busca del calor y la alegria
vuelan á descubrir la tierra ignota
donde no muere nunca el claro dia!
Ella era todo para mi: llevaba
en mi pecho su imagen;
en todos los momentos recordaba
su pupila de fuego brilladora;
y en mi extraña obsesión hallaba siempre
el rostro de la niña encantadora
retratado en las páginas del libro
en que estudiaba en la avanzada noche;
retratado en las tintas de la aurora,
en la tranquila bóveda estrellada;

en el cristal del lago trasparente,
y en ese sol ardiente
que despierta á la tierra alborozada
con su beso de luz sobre la frente!
Fui sin esfuerzo alguno,
sólo por ella, bueno y aplicado:
más de una vez, ante sus ojos bellos
con lauro vencedor fui coronado;
mas no causaba el premio mi alegría,
y si aquella mirada seductora,
que era la dulce recompensa mia!
Y cuando mi cariño, mariposa
con alas del color de la esperanza
quiso ensayar el vuelo,
y en busca de la dicha y la bonanza,
remontarse hasta el cielo;
cuando en hoguera ardiente
se transformó la chispa, que encendida
mi corazón guardaba;
y mi cariño se cambió en torrente
de abrasadora lava;
cuando su solo nombre melodioso
llenaba mis megillas de rubores,
límite no hubo á mi demencia, no hubo
para mi porvenir, gloria, ni honores,
fuera del porvenir del amor mio,
salvo la gloria de encontrarme amado,
y ser esclavo fiel de su albedrio!
Pero la niña aquella, que, constante
conmigo compartió placer y llanto
en la tranquila infancia; aquella niña
á quien queria tanto,
al tornarse mujer, como á enemigo
me trataba severa:
casto rubor su rostro embellecia,
cuando la hablaba, y mi mirada ansiosa
chocaba con la suya; respondia
con dulzura altanera
á mi frase cobarde y temblorosa;
y ella, mi dulce y buena compañera,
mis ardientes suspiros nunca oia!
¡Ay! cuanto más esquiva, más hermosa,
en mi indomable ardor me parecia!

Era una tarde del ardiente Enero.
Ella montaba un alazán brioso,
de cuello erguido y de nerviosos remos.
Yo, serio y silencioso,
con impaciente afan la contemplaba,—
conteniendo en el pecho los latidos
del impetuoso amor que desbordaba.
En la extensa campiña floreciente
fijábamos la vista, recorriendo,
el verde y sonriente
matiz de la llanura; el horizonte
donde sobre el azul claro del cielo
resaltaban los árboles del monte.—
Al fin los ojos nuestros se encontraron,—
encendióse en rubor, y luégo, airada,
con la pupila ardiente, cual si hubiera
recibido una ofensa en mi mirada,
con un golpe nervioso
á su caballo castigó, que al punto
á la carrera se lanzó furioso.
Ella, al principio, se mostró serena
tratando de obligar al noble bruto
á obedecer al freno, pero en vano,
que contra el animal enfurecido,
era débil demás su blanca mano.
Yo la seguia con el loco anhelo
de poderla alcanzar y asi salvarla
de una segura y espantosa muerte.....
Llegué por fin, y pronto, entre mis brazos,
pálida como un mármol, temblorosa,
la *contemplé desfallecida, inerte.*—
Era en la linde del cercano monte,
entre cuyos arbustos y juncales,
precipitaba el rio, murmurando,
de sus límpidas aguas los raudales.
Sobre nuestras cabezas, la Natura
tegió con verdes ramas un techado,
donde ocultaba el ave su ventura,
donde la flor al aire perfumaba,
de cuyas hojas á través, el cielo
con su azul trasparente se veia.
A nuestro alrededor, espesas frondas
do nunca penetró la luz del dia,
y una cortina de ramaje y hiedra.
Era grande el silencio; no se oia
dentro la selva oscura,
sino el ruido monótono del agua
al retozar sobre la blanca piedra,
y el canto de la brisa en la espesura.
Bajo la inmensa bóveda de ramas,
no penetraba el sol, y únicamente
una pálida luz, de sombras llena,
las cosas dibujaba débilmente.
Todo me impresionó: menos sujeto
me sentí y más audaz. La ví un instante,
pálida, con los ojos entornados,
aún llena de congoja y palpitante,
y rompiendo el silencio
—¿Te asustaste?—la dije cariñoso.
No respondió: cubrió con sus dos manos
su rostro angelical y siempre hermoso
y empezó á sollozar..... Oh, como enciende,
de la mujer amada el dulce llanto!
¡Cómo en el corazón quema ardoroso,
derramando á la vez pena y encanto!
Al ver correr sus lágrimas benditas
no fui dueño de mi, y ante sus plantas
me arrojé, separando de su rostro
sus manos seductoras,
y con voz que del alma me nacia
la pregunté:—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?
En su clara pupila
sorprendí de ternura una mirada,
y presa de ánsia loca,
con ímpetu salvaje un beso ardiente
deposité en el cáliz de su boca
más dulce que cereza sazonada.
Al ver el hielo de la infancia, roto,
con voz que remedó la voz del viento
al susurrar, muy bajo, en la enramada:
—¡Vete!—exclamó cubierta de rubores,
—¡Vete!—me repitió con dulce acento.
Mas yo no la escuché.—Tomé su mano
Y la estreché en la mia,
y clavando en sus ojos mi mirada:
—¿Me quieres?—pregunté—Dime ¿me quieres?
con febril impaciencia repetia.
Bajó la vista, la megilla ardiente,
roja en oleadas de su sangre pura,
y con acento blando y apagado,
en que temblaba un poco de ternura,
me dijo el *sí*, tan trémula,
cual si hiciera, al decirlo, un gran pecado.—
Ya declinaba el dia. Lentamente,
el sol tras la espesura se ocultaba,
y como un gran montón de chispas de oro,
el cielo, entre las hojas, relumbraba.
El crepúsculo pálido cubria
á la cansada tierra soñolienta
con su espléndido manto de colores.
Todo tranquilidad, todo reposo
era en el vasto prado adormecido:
Ya cerraban sus pétalos las flores,
ya, cesando en su trino melodioso,
el ave alegre retornaba al nido.
Apoyada en mi brazo, y en mi hombro
reclinada la espléndida cabeza,
se detuvo á admirar aquella hermosa
puesta de sol. No sé que sentimiento
en ella despertó naturaleza,
que me atrajo hácia si, los ojos fijos
en el claro color del firmamento,
y me dijo angustiada:—«¡Oh! nunca goce
«estrechando tu mano entre las mias,
«ni me brinde el amor con sus halagos,
«ni luzcan para mi felices dias,
«si te puedo olvidar. En cambio, jura
«en este instante de placer supremo,
«darme siempre tu amor y tu ternura!
«Júralo por el sol, que ahora bendice
«con sus rayos postreros nuestras frentes!... .»
Presa de exaltación tierna y sincera,
respondí con un beso:—¡Te lo juro!—
al ver rodar sus lágrimas candentes!

Juramos sin pensar que era imposible
lo que nosotros, locos, prometimos,
y que no hay nada que resista al tiempo,
ni dichas, ni grandezas, ni dolores,
ni aún el planeta errante en que vivimos.
—¿Me habrá olvidado?—No lo creo; al menos
si ya no soy para ella lo que otrora,
el fiel amigo y el amante tierno,
si ya nuestra pasión encantadora,
tendió las alas al olvido eterno,
debo ocupar en un rincón oculto
del corazón de la mujer sensible
el lugar que se toma el insepulto
recuerdo del idilio de la infancia,
que encendiendo de amor la ardiente hoguera,
embriaga al corazón con la fragancia
de la flor que despierta en primavera,
y enseña á amar, con ese tierno impulso
irresistible, encantador, sincero,
¡ay! que solo una vez brota en la vida:
¡en el latido del amor primero!

Samuel Blixen.

AVISO

Se ruega á los señores Agentes se sirvan entregar cuenta de las suscriciones de EL ALBUM PLATENSE en la Administración Calle Cérrito número 231.